



**E**NTRE la importancia de llamarse Ernesto y ser un viejo marxista, te pueden cambiar la boina por el capelo cardenalicio y remediarte con 42.000 euros. Eso es lo que le ha sucedido a Ernesto Cardenal, nicaragüense, cuyos poemas sonrojarán a Rubén Darío en la gloria. Sorprendentemente le acaban de regalar el premio de Poesía Iberoamericana “Reina Sofía”, que otorgan Patrimonio Nacional y nuestra Universidad. Ser nieto de judíos polacos podía haberle apartado de Ezra Pound, el poeta norteamericano al que trujo y del que se siente heredero, porque “mister esterlina” fue antisemita, y acabó en brazos de Mussolini. Ser hijo de burgueses nicaragüenses podía haberle disuadido de Marx, pero es revolucionario y llegó a sostener la estupidez de que “Fidel Castro nos acerca al reino de Dios en la tierra”. Es lo que tiene meterse trapense para acabar profesando el marxismo y la teología de la liberación. A todo esto debe referirse el miembro del Jurado Luis Antonio de Villena, cuando para justificar la votación —no unánime—, ha declarado que sería injusto que Cardenal quedara excluido del premio por razones extraliterarias (j). Como lector —carezco de otro título—, pero lector asiduo de poesía, Cardenal debería haber sido excluido del sustancioso galardón “Reina Sofía” precisamente por razones literarias. Pero entre nosotros sigue inexplicablemente cotizando tener 87 años —no se nos vaya a morir, el pobre—; una poblada barba blanca de profeta bíblico, chapela revolucionaria —todo eso queda muy bien en las fotos— y terquedad castrista, que es más que una antigualla. El desvarío de elogiar al “comandante” Fi-



### Cardenal debería haber sido excluido del sustancioso galardón “Reina Sofía” precisamente por razones literarias

del, es literariamente disculpable en García Márquez, ante cuya pluma me rindo, pero en Cardenal, y mientras el tirano siga martirizando a la disidencia, a la sombra de su propio hermano Raúl, resulta sencillamente detestable.

Uno en poesía se declara partidario de la métrica tradicional, o sea soneto —siempre que sea corto, como dijo una burra televisiva—, décimas y así. Pero sabe que, con frecuencia, la rima juega malas pasadas. El ejemplo más divertido es el de aquel abogado, Corulla, que antaño se empecinó en componer ¡la Biblia en verso!, medido y rimado, y cuando iba por no sé qué tomo del Nuevo Testamento, escribió aquello de “Nuestro Señor Jesucristo nació en un pesebre,/ donde menos se espera salta la liebre”. Recuerdo aún, risueño, una especie de memorias de la conocida y adinerada salmantina Tomasa Maldonado, que empezaba afirmando “¡oh maravilla de las maravillas!./ mis profesoras fueron las faldillas”. Y el lunes

sin ir mas lejos, se presentó aquí un librito en que un paisano, con más voluntad que inspiración, canta a su lugar —esclavitud de la rima—: “Pueblo de la charra Salamanca/ bello, tradicional y efervescente,/ puro como el agua de su fuente,/ limpio como tul de novia blanca”. Para evitar esas efervescencias, propias de las sales de frutas, Ezra Pound —que estudió a Lope de Vega y debió pensar que para él aquello era inalcanzable—, y otros vanguardistas de hace un siglo, se inventaron el verso libre, aquí catorce sílabas, luego seis,

acaso nueve, todo vale y que busquen rimas y consonantes Garcilaso, García Nieto y la madre que los parió. No digo que todo el versolibrismo sea rechazable —hasta

Juan Ramón lo practicó—, pero a su amparo el Parnaso se ha llenado de poemarios y famas inexplicables (Cardenal mismo), a base de cortar en pedacitos una prosa, ni musical ni poética.

Don Ernesto dice y repite que en la lírica tradicional no, pero que en sus versos “cabe todo”, incluyendo el camelo, naturalmente, con el ruego de que Dios coja el teléfono a Marilyn; que su poesía es “un camino para llegar a Dios más directamente que todas las religiones”, afirmación que podría sostener San Juan de la Cruz, pero resulta blasfema en este progre y excéntrico ex ministro sandinista. Recuerdo con frecuencia al bueno del padre Garralda, S.J. reconocer humildemente en el púlpito de la Clerecía: “Dios no me ha llamado por el camino de la oratoria”. A Ernesto Cardenal no sé si Dios le llamó para emancipar oprimidos latinoamericanos, pero es obvio que no le llamó para ser poeta. Compruébenlo.